

INTRODUCCIÓN



... Y depositaria en el suelo...

Fig. 1

La novela sugestiva (1930-1931) forma parte de las numerosísimas colecciones de novela corta que enriquecieron el panorama literario español de la primera mitad del siglo xx. Pertenece, además, a ese subgrupo de novela erótica o sicalíptica que, por su temática *risqué*, murió con la dictadura franquista. Blas Vega identifica un total de 122 colecciones eróticas, pero Sánchez-Alvarez Insúa asegura que probablemente fueron muchas más.¹ Entre esas colecciones sicalípticas destaca *La novela de hoy*, que, aunque no está

¹ Para una información más detallada sobre estas colecciones, remitimos al artículo de José Blas Vega, «La novela corta erótica española» (separata de la revista *El Bosque*, número 10/11, 1995) y al prólogo de Lily Litvak a la *Antología de la Novela corta erótica española de entreguerras 1918-1936* (Madrid: Taurus, 1993) pero, sobre todo, al capítulo sobre «colecciones de novela erótica» contenida en el volumen de Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, *Bibliografía e Historia de las Colecciones Literarias en España (1907-1957)* (Madrid, 1996).

dedicada en su enteridad al erotismo, contiene numerosas novelas de alta temperatura sexual, pero, sobre todo, hay que mencionar colecciones como *La novela picaresca* (1922-1927: 222 títulos), *Fru-Fru* (1926-1930: 222 títulos), *La novela galante* (1918-1923: 300 títulos), *La revista galante: Afrodita* (1918-1923: 337 títulos), y, por fin, *La novela pasional* (1924-1928: 186 títulos), algunos de cuyos números está actualmente reeditando la editorial Renacimiento.

Declaramos, en palabras de Sánchez Álvarez-Insúa, que «hay que afirmar con rotundidad que la notable proliferación de revistas, obras singulares y colecciones de novelas cortas y largas de contenido erótico [...] en el período que va desde la publicación de *El Cuento Semanal* al inicio de la Guerra Civil fue, sin ningún tipo de paliativos, una explosión de libertad» (51). Y añadimos que la colección *La novela sugestiva* contribuye con creces a esa «ola verde» tan graciosamente retratada y representada por Alvaro Retana, entre otros muchísimos. La novela sugestiva no sólo forma parte de la liberadora marea sicalíptica, sino que se encarga de complicarla. El objetivo de esta introducción es precisamente la de resaltar las complejidades y peculiaridades de una colección que, no por relativamente breve —en la presente edición crítica registramos 42 ejemplares—, es menos rica en matices y contenidos.

Sánchez Álvarez-Insúa distingue entre la «novela pasional» «cuya intencionalidad es investigar la pasión amorosa, su proyección como relación humana y su reflejo social», (53); la «novela erótica», cuyo objetivo es el estudio del «erotismo en sí mismo», y, por fin la «novela pornográfica», cuyos rasgos («la descripción anatómica de las partes del ser humano que —en lenguaje cervantino— la honestidad quiere que se cubran; la pormenorización de la actividad sexual en todas sus modalidades; y la utilización de un lenguaje más o menos soez») muchas veces «contaminan», diría yo, tanto a lo pasional como a lo erótico. A la postre, es difícil distinguir diáfananamente entre las tres modalidades. Como prueba de ello, las novelas de esta colección que comentamos y editamos son siempre pasionales, con frecuencia eróticas, y no pocas veces solapadamente pornográficas, al menos, sabrosamente subidas de tono. Y esto afecta no solamente a los textos, sino a las ilustraciones que los acompañan, que son, con frecuencia, intensamente eróticas, amén de divertidamente juguetonas. El humor es un factor que no debe nunca descuidarse en el erotismo español. He aquí dos ejemplos de besos «peliculeros» y apasionados (Figs. 2 y 3). La influencia del cine es innegable en muchas de las ilustraciones:



¡Qué beso aquí!

Fig. 2



—Mi querida Irma, estoy enamorado de usted.

Fig. 3

Quisiera añadir a la taxonomía de Sánchez Alvarez-Insúa otro intento clasificador. Parafraseando a Umberto Eco, me parece oportuno hablar aquí de dos tipos de escritores eróticos, los «integrados», es decir, los que celebran el sexo y lo dibujan en tonos ligeros y sonrientes, y los «apocalípticos», es decir, aquellos autores que condenan a Eros o, al menos, representan de él su lado más obscuro y sombrío. Entre éstos destaca Alfonso Hernández Catá con su novela *El ángel de Sodoma*, y también Felipe Trigo, el padre, probablemente, de esta vertiente apocalíptica. Eduardo Zamacois, por el contrario, vendría a ser el fundador de la línea integrada y optimista, a la que pertenecen autores como Antonio Hoyos y Vinent, Joaquín Belda, Emilio Carrere, López de Haro, Alberto Insúa, Alfonso Vidal y Planas, y el insuperable Alvaro Retana. Dentro de esta categoría, por cierto, hemos de incluir necesariamente a una serie de extraordinarios ilustradores, como son Vázquez Calleja, Federico Ribas, Reyes, Mel, Rafael Penagos, Seijas, y Loygorri, entre otros. Los ilustradores de *La novela sugestiva* lo son sobre todo Mel y Loygorri, pero también M. Ramos, Helguera, Demetrio, Segura, Esteban y Trece.

La naturaleza de las novelas que conforman la colección *La novela sugestiva* es variada, pero casi todas ellas encajan en el erotismo sonriente y burlón de los «integrados». Una notable excepción la constituye la novela de Aurelio García-Carreras, *Rosa de amor, Rosa de vicio*, en la que se rela-



Puso a manos de una negra

Fig. 4



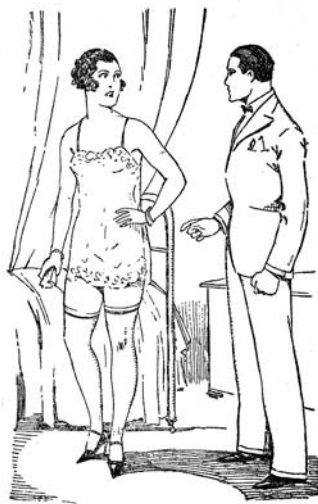
Quería quedar desnuda cuanto antes

Fig. 5

tan los amores de un francés, Jaime, con, Manubia, una hermosa argelina con la que contrae matrimonio (Figs. 4 y 5).

Sin embargo, ahito de la pasión siempre igual y de la «excesiva» disponibilidad de su mujer, Jean acaba engañándola con una bella francesa. Incapaz de sobrellevar el engaño, la hermosa Manubia comete suicidio. Isabel, rosa de vicio, simboliza a la vieja Europa corrompida, mientras que Manubia, rosa de amor, encarna la pureza de las pasiones en los países «primitivos» y ajenos todavía a la perniciosa influencia del continente «civilizado». Pero, como digo, esta novela es uno de los pocos ejemplos sombríos dentro de una colección en la que abundan las sonrisas, la ironía, y la cuchufleta. De hecho, *La novela sugestiva* añade una nota en sus ejemplares en la que insiste en ese carácter soleado y amable del género y, cómo no, niega todo contenido pornográfico: «La Novela Sugestiva DECLARA: que no pretende ser ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, eso sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más». Esta nota, claro está, resulta un estímulo añadido para el lector, quien ahora sí queda convencido de que tiene en las manos una sabrosa novela erótica, engalanada con sugerentes ilustraciones (Figs. 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17 y 18).

Las cuarenta y dos novelas que incluye esta edición crítico-bibliográfica de *La novela sugestiva* ofrecen un panorama asombrosamente com-



—¡Pelusas!

Fig. 6



El mismo me desnudó.

Fig. 7



—¡Yo estamos libres!

Fig. 8



Y las medias fueron también descendiendo...

Fig. 9



Ébise quedando desnuda.

Fig. 10



—¡Dígame que te desnude yo, alma!

Fig. 11



HELIGUZZO

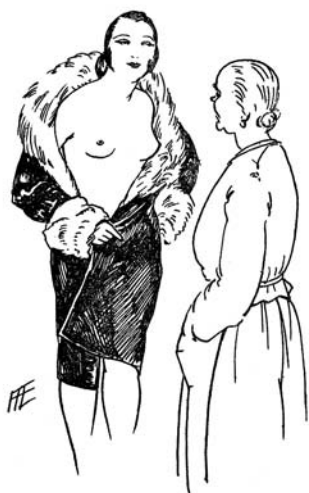
Reclinada sobre un lecho de cojines.

Fig. 12



Bajo la sombra de un pino.

Fig. 13



—Digo, ¿ese joven alto él?...

Fig. 14



—Bueno, ande; pero que lo ve el amo.

Fig. 15



No acerté a disculparme.

Fig. 16



—Bueno, señorito; si quiere que siga dándole fricciones...

Fig. 17



Lola quiso verme desnuda.

Fig. 18

pleto y polifacético del tono y talante del erotismo de la época y de sus costumbres sexuales. Ese panorama lo conforman ciertos loci, pero sobre todo determinados tipos, masculinos y femeninos que ejercen un número amplio de prácticas sexuales. Comencemos por ir trazando el mapa geográfico del sexo, tal y como lo delinea *La novela sugestiva*. En Madrid, por ejemplo, los loci amorosos lo son con frecuencia el parque del Retiro (*La ninfa del parterre*; *Un pelo de tonto*) y el parque del Oeste (*Rosita y los hombres*;) o el paseo de Rosales (*Los amantes de Leonor*), espacios propicios para la conquista. El Retiro y su efecto afrodisíaco lo describe como sigue Fernando Luque, en *Un pelo de tonto*:

El Retiro, ese nunca bien ponderado parque madrileño, que es como un pulmón de la ciudad, se parece a las mujeres hermosas en que su mayor encanto lo vela. [...] Su misterioso y supremo encanto [...] no está en la especial exuberancia de su vegetación, digna de mejor encomio [...] ni la amplitud de sus avenidas, que, bautizadas con nombres de países americanos, evocan la gigante arborescencia de los fecundos trópicos; no es una casa de fieras, en la que por dos reales se puede visitar al rey del desierto instalado en una especie de «alcoba para caballero»; no es una linda rosaleda, donde al advertir cómo surge y se esquinza tanta hermosa flor de entre tanto estiércol, se recuerdan sin querer las «Vidas paralelas» de Plutarco, y las cupletistas de moda;

no es el estanque grande, que surca, en las tibias y claras mañanas del estío, la modistilla madrileña, derramando el chorro de su risa sobre las aguas circundantes, y agarrándose en cada vaivén al remo del novio, que lo maneja con mala intención para ponerla húmeda... No es, repetimos nada de esto. Es algo más; es un algo más lubricante y seductor, como los brazos de madame de Recamier. Este algo tiene una parte gaseosa, incolora e inodora, muy difícil de explicar con palabras. Es una suerte de influencia afectiva, de coacción cardíaca, que ejerce su ambiente sobre los seres vivos, induciéndolos al amor y a la liberalidad del amor. (5-6)

Esos amores que comienzan al aire libre, en las calles o en los parques, son bastante comunes, como lo es el hecho de que acaben entre cuatro paredes, y que se consumen, por ejemplo, en los famosos reservados de la Cuesta de las Perdices (*Rosita y los hombres*). Otras veces, el flirt y el coqueteo comienzan en los cabarets (*La carne iluminada*), y aprovechan la oportunidad que les brindan los teatros (*Un marido complaciente*) y los bailes de máscaras (*Rosita y los hombres*; *La Excma. Doña Sebasiana*; *Los extravíos de Emma*). Entre las ciudades pecadoras destaca, además de Madrid (*Doña Paca y sus sobrinas*; *Un serrallo en Madrid*; *Los extravíos de Emma*; *El club de los queridos*; *Rosita en el cabaret*; *P.P. y W*; *La rubia del auto celeste*) como no, París (*Las confidencias de Nelly*; *La venus del Molino Rojo*; *La casa de las confidencias*; *Grulla*; *Tumba de amor*; *Zezzete*) y Barcelona (*De cabrerita a condesa*; *Lo que debe hacer una esposa*; *Lo que a ellas les gusta*). Andalucía (*Para ser cocota...*), y dentro de Andalucía, Sevilla (*Los amantes de Leonor*; *Carne iluminada*) constituyen el otro foco resplandeciente del vicio. No menos prometedores lo son las playas (*Las siete Ondinas*; *La sirena de la voluptuosidad*) y los balnearios de lujo, entre ellos Biarritz (*La carne iluminada*; *Paquita, deliciosa y absurda*; *Para ser cocota...*) y los pequeños pueblos de la Costa Azul (*Nueva Rica*; *La invitación al incesto*).

El deseo se gesta en la calle, donde los hombres siguen a las muchachitas, y alcanza vuelo en los teatros y en los cabarets. «¡Sanatorio de amor es el cabaret!», exclama uno de los personajes en la novela *Soberbia de amor*, de Gaudencio Lago (42). Más adelante, en esa misma novela se pregunta, «¿No es usted flor de cabaret, verdad?» (44) (Fig. 19).

Particularmente interesante y expresiva es la descripción del barcelonés «Saturno Park», donde «ante los ojillos encandilados [de los viejos



Evolucionaban tan desnudas como en la playa.

Fig. 19

verdes] van desfilando en película cinematográfica mujeres para todos los gustos. Desde la jamona exuberante y mórbida, de provocativas prominencias, a la verdadera niña, de seno apenas nubil, pasando por tobilleritas tentadoras, de suave línea pectoral y musculada pantorrilla»(15). El «Saturno Park» es

local cerrado, pista de patinar, que los domingos se convertía en popular y bullicioso salón de baile. Acudían allí doncellitas de casa grande, de esas de pantorrillas «demetriescas» y senos puntiagudos que parece que van a romper la tela con sus picos; modistillas; «menores» codiciadas y en clandestino mercado; taquimecas, ese «demimonde» un poco solapado, frecuente en las grandes villas modernas. Entre el gremio horteril, bullicioso e ingenuo, que iba por divertirse y «parchear» al son de un pasodoble o de un fox-trot, se colaba tal cual fabricante orondo y adinerado, tal cual viejo verde, entes rijosos y epicúreos al olor de la carne tierna [...] La pista estaba invadida por la turba danzante, en apretada, compacta masa. Las parejas, estrujándose (incrustado materialmente el muslo de él entre los de ella) eran como moléculas de un mismo cuerpo amorfo y circulante. Allí nadie bailaba, si el bailar es un ejercicio más o menos rítmico, sujeto a determinadas figuras y movimientos establecidos. Todo se reducía a caminar despacio, muy despacio, fuertemente apretados hembra y varón. [...] Lo más



—Me sumergí deliciosamente en sus brazos

Fig. 20

corriente —y lo más pintoresco y lo que daba al salón su aspecto más atrozmente sensual— era que no hablaran apenas las parejas. Cuando se veía que alguna bailaba conversando, era que se trataba de novios o conocidos. Pero la mayor parte de los «duos» eran «mudos». [...] Mucho más completa que «la soledad de dos en compañía» de que habló el poeta, es —para los fines voluptuosos que cada quisque iba buscando al Saturno Park— la soledad de dos en plena orgía colectiva. Nadie repara en nadie, y si repara es como si no advirtiese nada. Harto tenía cada Antón Pirulero en el salón con atender a su propio juego erótico...Manos masculinas en pechitos adolescentes, en caderas turgentes, en traseritos marmóreos; manos femeninas que desaparecían en ignorados parajes anatómicos y viriles...Labios sobre labios, epidermis con epidermis... (14, 16, 17) (Fig. 20).

Los primeros besos se dan con frecuencia en los bancos de los parques, en los autos y en los taxis, y el amor se encalabrina y se consume en los compartimentos de los trenes, (Figs. 21, 22, 23 y 24), en los reservados, en los estudios de los pintores, en los cuartos de hoteles de lujo o, con más frecuencia, en las habitaciones de humildes casas de citas.

Más adelante, se consolidan, florecen y se mustian entre las paredes de las garconnières y de los «pisitos puestos». En estas novelitas se respira, en general, cierto aire de pobreza y de escasez, de amores (proletarios, o



—¿Y usted va a San Sebastián, señorita?

Fig. 21



... Y hallarme frente a frente con un hombre...

Fig. 22



—Yo no tengo novio.

Fig. 23



¡Cuán seductoramente me supo comprar «por gratitud»!

Fig. 24

de pequeña burguesía necesitada) que son callejeros no por gusto sino a falta de cobijo. Los cuartos, en general, se parecen a éste: «una discreta cama de madera, un lavabo de escaso valor, la sencillez de una democrática mesilla de noche, un baúl, una percha [...] y una asaz usada alfombrilla al pie del lecho. Ni más ni menos» (*Rosita en el cabaret*, 20). En otras ocasiones, predominan el falso lujo y el mal gusto, como en el caso de esta «habitación pretenciosamente amueblada, en la que un lecho de madera blanca alzaba su blanco lomo, acogedor de todas las lascivias, cómplice de todas las más extravagantes voluptuosidades que por él pasaran sin dejar siquiera la huella de los cuerpos... (*Los extravíos de Emma* 28). Pero también hay idilios y enredos en medio de una atmósfera de bienestar, como la que reina en los balnearios y en las playas de moda. Hay ocasiones memorables, en que la rutina de los lugares, ricos o pobres, se rompe abruptamente, y se le abren a personajes y lectores nuevos espacios, como, por ejemplo, el gabinete, específicamente instalado para piruetas sadomasoquistas, en *Rosita en el cabaret*:

Recorrimos varias habitaciones, yo un tanto cohibida, y llegamos a un gabinetito... sui generis. Verás, Pedrito. Voy a ver si puedo describirte, tal como era. Era... ¡Ah, sí! Ya voy recordando. Todo empapelado de azul, sin ningún cuadro. Un amplio diván de terciopelo escarlata, a cuyos pies se hallaba extendida la hermosa piel de un tigre. Una consola y, sobre ella, un pebetero, que humeaba lentamente, cargando la atmósfera de un enervador perfume. Una mesita en la que no había más que estos dos objetos: el retrato de una mujer hermosísima y una fusta. ¿Qué más? ¡Ah, sí! Lo que más atrajera mi mirada: una camisa de seda negra, negligentemente extendida sobre una silla...(30-31).

O como el caso, aún más tenebroso, de una alcoba mortuoria destinada a fines lúbricos, y en la que yacerá y gozará nuestra Lolita del cabaret (Fig. 25):

Se trataba de una habitación de unos cuatro metros cuadrados, cuyas ventanas, herméticamente cerradas [...] se abrían en la fachada principal del hotel. Las paredes estaban cubiertas con negros crespones, y el suelo de una espesa alfombra negra. En los extremos de la estancia [...] cuatro candelabros sobre los que se alzaba la amarilla silueta de sendos cirios que, encendidos, hacían más tétrica la extraña

habitación. Y en el centro de ésta, [...] en forma de ataúd, no osando alzar su lomo del suelo, se hallaba un lecho, cubierto con una negra colcha; un lecho, si así podía llamársele, largo y estrecho, y cuyas sábanas eran, asimismo, negras. ¡Yo creo [...] que hasta la lana del colchón, así como la funda de éste, debían de ser también negros! (52-53)

Rosita hace el amor «como enterrada, para ser divinamente dichosa». Su existencia perteneció [a su amante] por entero, sin cortapisas, como si, fallecida hubiese captado mi alma para conducirla a aquel macabro paraíso de la voluptuosidad» (54). Y frente a ese paraíso Rosita y su amante tenebroso entonan la siguiente profana letanía:

¡Bendito sea el amor, porque en él existe el grito supremo de la voluptuosidad victoriosa! ¡Bendida sea la voluptuosidad, porque ella es soberana de la carne y triunfadora de la muerte! ¡Bendita sea la muerte, porque en el estertor supremo del que muere hay algo de la divina esencia de la voluptuosidad! ¡Salve, voluptuosidad, salve!» (55).



La amarilla silueta de los cirios...

Fig. 25